



EL CASTILLO DE CHILLON.

El domingo anterior hicimos con nuestros lectores una ligera escursion por algunos puntos notables de la Suiza moderna; hoy volvemos á llamarles la atencion sobre el mismo país, ofreciéndoles una linda vista del pintoresco castillo de Chillon, que ha servido de asunto á un poema de lord Byron y que es indudablemente uno de los paisajes mas deliciosos que puedan buscarse.

#### Recuerdos de la armada invencible.

(Continuacion.)

Púsonos en un camino que se apartaba de la marina y vá á un village donde él vivía y donde nos dijo le aguardásemos que volvería presto, y nos encaminatia para bu-

na parte, y yendo con toda esta desdicha por aquel camino, habia muchas piedras, y no me podia menear ni echar paso adelante porque iba descalzo y muriendo de dolor de las heridas de las piernas. Los pobres compañeros estaban en cueros y helados de frío que le hacia muy grande y no pudiendo vivir ni ampararme se fueron por el camino adelante y yo me quedé allí pidiendo á Dios favor. Ayudóme y empecé á andar poco á poco y llegué á un alto desde donde descubrí unas caserías de paja, y yendo hácia ellas por un valle entré por un bosque y á dos tiros de arcabuz que anduve por él, salió de detras de unas peñas un salvaje viejo de mas de 70 años y otros dos hombres mozos, con sus armas, el uno inglés y el otro francés y una moza de edad como de 20 años, hermosísima por todo extremo. Iban estos hácia la marina á robar, y como me vieron pasar por entre los árboles parten para mí y llega el inglés diciendo: «rinde, poltron español» y con deseo de matarme me tiró una cuchillada; yo se la reparé con el palo que traía en la mano, pero

al fin me alcanzó con otra que dándome en la pierna derecha me hizo dar una gran voz, pues dióme en la herida que llevaba abierta. Quiso me asegurar cuando llega el salvaje con su hija, que debía de ser amiga de este inglés: yo le dije que fuese lo que quisiese de mí pues la fortuna me había rendido y quitado las armas en la mar. Apartáronse de mí, y luego volviendo el salvaje empezó á desnudarme hasta quitarme la camisa. Debajo de ella traía una cadena de oro de valor de poco mas de 1000 rs. y como la vieron alegráronse mucho y buscaron el jubon hilo por hilo, en el cual yo traía 43 escudos de oro que me había mandado dar el duque en la Coruña por dos pagas, y como el inglés vió que yo traía cadena y escudos quisóme tomar en prision diciendo que le ofreciese rescate; yo dije que no tenía que dar, que era un muy pobre soldado y que aquello lo había ganado en la nao. La moza dollóse mucho de ver el mal tratamiento que me hacían; rogóme que dejasen el vestido y no me hiciesen mas mal. Tornáronse todos á la casería del salvaje; yo me quedé entre aquellos árboles desangrándome, y como pude tornéme á vestir mi jubon y sayo solamente, pues la camisa también se la llevaron y unas reliquias que yo llevaba de mucha estima en un habitillo de la Santísima Trinidad que me habían dado en Lisboa. Estas tomó la moza y se las puso al cuello haciéndome señal que las quería guardar, diciendo que era cristiana, y éralo como Mahomá, y envióme desde su choza un muchacho con un emplasto hecho de yerbas para que me pusiese en las heridas, y manteca y leche y un pedazo de pan de avena para que comiese, y curéme y comí, y el muchacho se fué por el camino conmigo enseñándome por donde había de ir, apartándome de un village que desde allí se veía, donde habían muerto muchos españoles y no escapaba ninguno que pudiesen coger á la mano. Él haberme esté bien nacido del francés que había sido soldado en las Terceras, y le pesó harta que me hicieran tanto mal. Al volverse el muchacho me dijo que siempre camináse derecho á unas montañas que se veían como á 6 leguas de allí, detrás de las cuales había buenas tierras que eran de un gran señor salvaje muy grande amigo del rey de España y que recogía y hacía bien á todos los españoles que á él se iban, y que había en su village mas de 80 de los de las naos que llegaron allí encueros. Con esta nueva tomé algun ánimo y con mi palo en la mano comencé á caminar cayendo y levantando, haciendo norte de las montañas que el muchacho me había dicho. Aquella noche fuí á parar á unas chozas donde no me hicieron mal porque había en ellas uno que sabía latín. Contéles mis trabajos, recogióme el latino en su choza y curóme y dióme de cenar y donde durmiese en unas pajas; y á la media noche vino su padre y hermanos cargados de despojos y cosas nuestras, y no le pesó al viejo de que me hubiesen recogido en su casa.

Por la mañana me dieron un caballo y un mozo que me pasase una milla de mal camino que había de lodo hasta la cinta y habiéndole pasado un tiro de ballesta, oímos un grandísimo ruido y díjome el mozo salvaje por señas: España (pues así nos llamaban) muchos salvajes de á caballo vienen aquí y te han de hacer pedazos si no te escondes: anda acá presto, le respondí, y me fuí á esconder en unas quebradas de peñascos donde estuvimos muy bien sin que nos viesen. Pasaron los salvajes, que serian como 150 de á caballo. Libramos de ellos, pero al volver á continuar dieron con nosotros mas de 40 salvajes que venían á pie, y quisieronme hacer pedazos, pero no lo hicieron porque el mozo que conmigo venía les dijo que su amo me había preso y me tenía por prisionero y me enviaba á curar. Con todo esto no bastó para dejarme pasar en paz porque llegaron dos de aquellos ladrones á mí, y me dieron 6 palos que me molieron las espaldas y los brazos, y me quitaron todo lo que encima de mí llevaba hasta dejarme en carnes como nael; y viéndome de esta suerte, di muchas gracias á Dios suplicando á su divina magestad se cumpliese en mí su voluntad suprema, que aquello era lo que yo deseaba. El mozo del salvaje se quiso tornar á su choza con su caballo llorando de verse como me quedaba; desnudo, tan mal tratado y con tanto frío. Pedí á Dios muy de veras me llevase á donde yo muriese confesado y en su gracia. Tomé algun ánimo y estando en el mayor estremo de desventura que jamás se vió hombre, recogí unas pajas de elecho y me rodeé con ellas el cuerpo lo mejor que pude y fui caminando poco á poco hacia aquella parte que me enseñaron, buscando las tierras de aquel señor donde se habían recogido

aquellos españoles; y llegando á la sierra que me dieron por señal, topé un lago, alrededor del cual había como 30 chozas todas despobladas y sin gente. Quería anohecer y no sabiendo ya dónde ir, busqué la mejor choza para recogerme en ella aquella noche y entrando por la puerta la vi llena de muchos haces de avena que es el pan ordinario que comen aquellos salvajes, y di gracias á Dios que tenía en donde dormir, pero en entrando algunos pasos, veo salir por un lado tres hombres en carnes que no hacían mas que mirarme; dióme algun temor porque entendí que eran diablos y ellos no entendieron menos que podía ser yo al verme con la paja rodeada por el cuerpo y viéndome en esta confusión tan grande dije: ¡Oh madre de Dios, sed conmigo y libradme de todo mal. Como me oyeron hablar español y llamar á la madre de Dios, digieron ellos: tambien sea con nosotros esa gran señora. Entonces asegúreme y lleguéme á ellos y preguntándoles si eran españoles, si somos, por nuestros pecados que á once nos desnudaron juntos en la marina y en carnes como estábamos nos venimos á buscar alguna tierra de cristianos y en el camino nos encontraron una cuadrilla de enemigos y nos mataron los ocho, y los tres que aquí estamos, nos metimos buyendo por un bosque tan espeso que no nos pudieron hallar, y esta tarde nos deparó Dios estas chozas y por descansar nos habemos metido en ellos aunque no tengán gente ni que comer. Dígeles: pues tengan buen ánimo, y encomiéndose siempre á N. S. que cerca de aquí tenemos tierra de amigos y cristianos, que yo traigo lengua de un village que está tres ó cuatro leguas de aquí, donde se que se han recogido muchos de nuestros españoles perdidos, y aunque yo vengo muy mal tratado y herido, mañana caminaremos para allá. Alegráronse los pobres y preguntáronme quién era: yo les dije que era el capitán Cuellar; no lo querian creer porque me tenían por ahogado y llegaron á mí y cuando me hubieron reconocido casi me acabaron de matar con abrazos. El uno de ellos era alerez y los otros dos soldados, con que nos recogimos grandemente. Metimos luego entre la paja bien enterrados con cuidado de que no se hiciese destrozo en ella ni se descomposiese de coma estaba y dejándome concertado de levantarnos de mañana para nuestro viage, dormimos sin cenar ni haber comido mas que moras y berros, y para que se vea cual sería la fuerza de mi cansancio, hasta decir que me dormí con las heridas abiertas que las pajas se entraban en ellas al menor movimiento y me hacían pasar mil tormentos. No era bien de día cuando despierto y oigo hablar hacia la puerta, miro y era un salvaje con su alabarda en la mano, y empezó á mirar su avena y hablar entre sí y yo quedé sin resolver y también los demás compañeros que habían despertado y no habíamos mas que mirar atentamente al salvaje por entre las pajas, pero quiso Dios que sabió y se fué con otros muchos que habían quedado á la puerta y habían venido á segar y trabajar allí cerca de las chozas en parte á donde no podíamos salir sin que nos viesen. Estuvimos, pues enterrados y platicando muy bajo lo que nos convenia hacer y fué acordado no desenterrarnos ni movernos de aquel lugar mientras allí estuviesen aquellos hereses. Pasóse así todo el dia que fué cruel para todos por el hambre y para mí mas por el dolor de las heridas. Vino la noche y se ausentaron aquellos malvados y aguardamos que saliera la tina, y revueltos con paja y heno porque hacía grandísimo frío, salimos de aquel peligro tan grande en que estábamos, sin aguardar el dia fuimos stollando y rompiendo la vida con hambre, sed, y dolor. Fué Dios servido de apartarnos á tierra de alguna seguridad donde fuimos hallando mejor gente, aunque todos salvajes, pero cristianos y caritativos, donde viéndome uno que yo venía tan mal tratado y herido, me llevó á su choza y me curó él y su muger y sus hijos, y no me dejó salir de ella hasta que le pareció que pudiera bien llegar al village donde iba, en el cual hallé mas de 70 españoles que todos andaban desnudos y bien maltratados porque el señor no estaba allí, que había ido á defender una tierra que los ingleses le venían á tomar, y aunque este es salvaje, es muy buen cristiano y muy enemigo de hereses y siempre tiene guerra con ellos. Llámase el señor de Huerque. Yo aporté á su casa con harto trabajo, cubierto con pajas, de suerte que no había quien no se moviese á gran lástima de verme así: diéronme unas salvajes una mala nanta vieja, llena de piojos con que me cubrí algun tanto. Por la mañana nos juntamos hasta 20 españoles en la choza de este señor de Huerque para

que nos dieran por amor de Dios alguna cosa que comer, y estándolo pidiendo nos dieron nuevas de que había una nao de España en la marina y que era muy grande, y que venía por los españoles que se habían escapado, con la cual nueva sin mas aguardar partimos todos 20 á la parte donde nos digeron que estaba esta nao y hallamos muchos estorbos en el camino, tantos que me fui quedando atrás de mis compañeros, que con el ansia de embarcarse saltaron de peña en peña y se alargaron tanto que ya no podían oír mis gritos aunque los daba grandes y mas cuando caí al suelo y no me pude levantar del sitio desde donde para mayor pena ví que llegarán al puerto y acercándose la nave saltaron en ella y con grandes abrazos se hicieron á la vela la mar adelante llevándome el corazon que se me salía por los ojos viéndoles alejar. Y este trabajo que yo conté como el mayor que pudiera sucederme, fué mi salvación, pues aconteció que la nave que había llegado allí con gran fortuna, pues trata el árbol mayor y la jarcia muy mal tratada, dió al través en otra costa de allí á dos dias y se ahogaron mas de 200 personas y los que salieron nadando los pasaron á cuchillo los ingleses. Y tornando á que me quedé tendido en tierra hasta que ví desaparecer la nave, acertó á pasar por allí un clérigo en hábito seglar porque así andan los sacerdotes en aquel reino porque los ingleses no los conocen, y doblóse de mí y batíame en latin y preguntáame de qué nación era y de los naufragios que había pasado. Dios me dió gracia para que yo le pudiera responder á todo lo que me preguntaba en la misma lengua latina y satisfizose tanto de mí que me ayudó á levantar, me dió de comer de lo que consigo trahá y me encaminó para que me fuese á un castillo muy fuerte que estaba de allí 6 leguas, el cual era de un señor muy fuerte, salvaje y valiente soldado, gran enemigo de la reina de Inglaterra, hombre que nunca la ha querido obedecer ni tributar, ateniéndose á su castillo y montañas con que se hace fuerte. Me fui para allá pasando en el camino muchos trabajos, y el mayor y que mas pena me daba fué que un salvaje me topó en el camino y por engaño me llevó á su choza que la tenía en un valle desierto y me dijo que allí había de vivir toda mi vida y me mostraria su oficio que era herrero.

Yo no le supé responder, ni me atreví porque no me metiese en la fragua, antes le mostré alegre rostro y empecé á trabajar con mis fuelles mas de ocho dias, de lo cual se holgaba el malvado herrero porque lo hacia yo con cuidado por no disgustarle y á una maldita vieja que tenía por muger: yo me veía atribulado y triste con tan mal ejercicio, cuando N. S. me remedió en tornar por allí al clérigo que se espantó de verme allí detenido; yo le dije que me había sido fuerza estar allí porque aquel salvaje no me quiso dejar pasar por servirse de mí: riñóle el clérigo muy mal y me dijo no tuviese pena que él hablara al Sr. del castillo para donde me había encaminado y le haría que enviase por mí, como lo hizo el día siguiente que envió cuatro hombres de los salvajes que le servian y un soldado español, que ya tenía consigo de los que se habían escapado nadando, y como me vió tan desnudo y cubierto de pajas, él y todos los que con él había se dolieron harto y aun sus mugeres lloraban de verme así tan maltreado: curáronme y reparáronme allí lo mejor que pudieron y me estuve tres meses hecho propio salvaje como ellos. La muger de mi amo era muy hermosa por todo extremo y me hacía mucho bien, y un día estábamos sentadas al sol ella y otras sus amigas y parientas y yo: preguntábanme de las cosas de España y otras partes y al fin me vinieron á pedir que les mirase las manos y las digese su ventura, y yo dando gracias á Dios, pues ya no me faltaba mas que ser gitano entre salvajes, comencé á mirar la mano de cada una y á decirles cien mil disparates con lo cual tomaban tanto placer que no había otro mejor que yo ni que mas valiese con ellos, y de noche y de día me perseguian hombres y mugeres para que les digese la buena ventura, de suerte que yo me veía en grande aprieto, tanto que me fué forzado de pedir licencia á mi amo para irme de su castillo. No me la quiso dar, pero mandó que nadie me enojase ni diese pesadumbre. La propiedad de estos salvajes es vivir como brutos en las montañas, que las hay muy ásperas en aquella parte de Irlanda donde nos perdimos. Viven en chozas hechas de paja: son todos hombres corpulentos y de lindas facciones y miembros sueltos como corzos: no comen mas que una vez al día, y esa ha de ser de noche, y lo que ordi-

ariamente comen es manteca con pan de avena: beben leche y no prueban el agua, siendo la mejor del mundo. Las fiestas comen alguna carne medio cocida sin pan ni sal. Vistense con calzas justas y sayos cortos de pelote muy grueso. Cúbrense con mantos y traen el cabello hasta los ojos: son grandes caminadores y sufridores de trabajos. Tienen continuamente guerra con los ingleses que allí hay de guarnicion por la reina, de los cuales se defienden y no los dejan entrar en sus tierras que todas son anegadas y empantanadas se van toda aquella parte mas de 40 leguas de ancho y largo: su mayor inclinación es ser ladrones y robarse los unos á los otros, de suerte que no pasa día sin que se toque al arma entre ellos porque sabiendo los de aquel casar que en este hay ganadas ó otra cosa, luego vienen de mano armada de noche y anda Santiago y se matan los unos á los otros, y en sabiendo los ingleses del presidio quien ha recogido mas ganado, luego vienen sobre ellos á quitárselos y no tienen otro remedio que retirarse á las montañas con sus mugeres y ganados, pues no tienen otra hacienda, ni mas menage; duermen en el suelo sobre juncos acabados de cortar y llenos de agua y yelo. Las mas de sus mugeres son muy hermosas, pero mal compuestas, que no gastan mas que la camisa y una manta con que se cubren y un paño de lienzo muy doblado sobre la cabeza, atado por la frente: son grandes trabajadoras y caseras á su modo. Nómbranse cristianos y dícese misa entre ellos.

Rígense por la órden de la iglesia romana. Casi todas las mas de sus iglesias, monasterios y ermitas están derribados por mano de los ingleses que hay de guarnicion y de los de la tierra que á ellos se han juntado, que son tan malos como ellos; en resolucion, en esta reino no hay justicia ni razon y así hace cada uno lo que quiere. A nosotros nos querian bien estos salvajes porque supieron que veníamos contra los bereges y que éramos tan grandes enemigos suyos; y si no fuera por ellos que nos guardaban como sus mismas personas, ninguno quedara de nosotros vivo. Teniamos buena voluntad por esto, aunque ellos fueron los primeros que nos robaron y desnudaron en carnes á los que veníamos vivos á tierra, de los cuales y de las trece naos de nuestra armada donde tanta gente principal venia que toda se ahogó, hubieron estos salvajes mucha riqueza de joyas y dineros muchos. Llegó la palabra desto al gran gobernador de la reina que estaba en la villa de Dublin y caminó luego con 40,700 caballos en busca de las naos perdidas y de la gente que había escapado, que serian menos de 4000 hombres que sin armas y desnudos andaban en tierra por las partes donde cada uno se había perdido y á los mas dellos cogió este gobernador y luego los ahorcaron y hacia otras justicias, y á los que sabia que nos amparaban ponía en prision y los hacia todo el mal que podia; de suerte que nos vino harto mal deste viaje y prendió tres ó cuatro señores salvajes que tenían castillos y en ellos habían recogido algunos españoles, á los cuales unos y otros tomó en prision y caminó con ellos por todas las marinas hasta llegar á la parte donde yo me perdí, y de allí caminó la vuelta del castillo de Manglena, que así se llamaba el salvaje con quien yo estaba, el cual fué siempre gran enemigo de la reina y nunca la quiso obedecer, por lo que deseaba mucho tomarle en prision.

(Continuad.)

## LAS GACELAS.

Bajo el nombre genérico de gacelas, se designa una familia de preciosos cuadrúpedos de pie hendido, de cuerpo muy flexible y elegante, y extraordinariamente veloz en la carrera. Las gacelas se encuentran generalmente en Africa y en Asia. Son muchas las especies que existen, las cuales presentan algunas diferencias entre sí.

Las gacelas de Africa se asemejan al corzo: tienen la misma alzada, las mismas formas: sin embargo, sus orejas mayores que las del corzo son derechas, abiertas por el medio, terminadas en punta, y la piel que las cubre interiormente es negra y lustrosa.

Sus cuernos son negros, circundados de anillos y se inclinan el uno hácia el otro por las puntas como las ramas de un lirio. Los anillos marcan los años de su edad. Sus ojos son negros, grandes, muy vivos, y á pesar de esto lle-

nos de una expresión dulcísima y encantadora. Las piernas anteriores de las gacelas son delgadas, nerviosas y más cortas que las posteriores, lo que las presta mayor facilidad para correr cuesta arriba que cuesta abajo.

En lo general son leonadas por el lomo, tienen casi blanco el vientre y una raya negra que separa estos dos colores en la parte inferior de sus hijares. Su cola se halla provista de pelos largos y negros.

Las gacelas viven en numerosas manadas en Berbería, en Siria, en Arabia y se alimentan de yerbas aromáticas y de los tallos de los árboles de corta edad.

Se cazan estos animales valiéndose de lazos que lanzan los naturales del país con una destreza increíble, y que ligan sus cuernos sin dejarlas libertad para desembarazarse de ellos.

Muchas veces también las cazan con perros, onzas yalcones.

La gacela que hemos puesto al final de este artículo es una especie un poco mayor que el corzo. Sus cuernos son más largos y más separados por la punta, sin embargo de que cuando nacen están infinitamente mucho más aproximados. En lugar de correr de la propia suerte que lo hacen las demás gacelas, dá brincos y saltos prodigiosos.

Las de Africa son mucho mayores que las de la India.

Son muy miedosas; pero, á pesar de su timidez, cuando se sienten sorprendidas, se detienen y hacen frente al que las ataca. En la India, los ministros de muchas religiones llevan sus cuernos como en señal de honor y dignidad.

Entre las diferentes especies que constituyen esta familia tan numerosa debemos mencionar el condoma ó condous que se encuentra únicamente en los bosques más silenciosos del Cabo de Buena Esperanza, en donde se alimenta de yerbas y de los botones ó yemas de los brezos.

El condoma tiene la ligereza de formas, la gracia en los movimientos, la belleza de ojos y la dulzura en la mirada que distinguen á las gacelas; pero, más animoso, sin ser más ofensivo, no teme habitar solitariamente el desierto y lucha con el chacal, llegando muchas veces á darle muerte.

Es de tal suerte rápida su carrera y tan prodigiosos sus saltos que escapa fácilmente al león y á la pantera como no le cojan de improviso y en la primera embestida.

Los hoténtotes, á quienes gusta extraordinariamente su carne, les hacen una guerra cruel, empleando para sorprenderlo y dispararle, mil astucias, mil asechanzas, en las cuales sin embargo suele dejarse cojer muy raras veces, porque tiene tanta perspicacia como desconfianza la gacela.



LA GACELA.

### LA CASA DEL DUENDE Y LAS ROSAS ENCANTADAS.

(Cuento.)

(Continuación de la primera parte.)

A la pálida luz de la linterna el hombre tonsurado había examinado la enfermiza fisonomía de la niña y adivinado sus padecimientos. En brazos la subieron por los triangulares peldaños de la torcida escalera hasta depositarla en un entresuelo ahumadísimo, sucio y lleno de trevejos extraños que servía de cocina.

—Mudadle esa ropa, mientras acudo con fuego para el hogar.

—Ah Señor! se la enjugaré, cuando haya lumbre, porque no tenemos otra.

La severa frente del clérigo se oscureció, y sin hablar palabra trajo algunas astillas de leña recia, un jergon de paja, una manta de seda floja y lana á usanza morisca y una camisa gruesa:

—No puedo ofreceros más, dijo con sentimiento; desnudad á esa niña, calentad este camison desahumándole con estas raíces, nó es la camisa de muger, pero sí de lienzo: enjugadle el cabello, acostadla en el jergon, abrigadla bien, alimentad el fuego y componeos con esta piel de cartero y este manteo, porque no hay otra cosa en mi ropería.

—La Virgen del Cármen le pague á su merced tanta caridad: yo me arreglaré, aquí, ni otro ludo del fuego: los pobres estamos hechos á pasar trabajos.

—Dadle unas tomas de este licor encarnado y cenad con este pedazo de carne:

Y le alargó una botella con tintura carmesí; un vaso pequeño y como una libra de tasajo.

El hombre de los cabellos rojos era un verdadero filósofo-

to: soldado en su juventud corrió cortés y lejanas tierras tomando como las abejas lo mejor de todas. Sabía muchas lenguas y lo mismo leía en los pergaminos viejos de las escrituras árabes que en las piedras antiguas. Entendía de todas las cosas, curaba enfermos, llevaba la palma entre la gente de Chancillería, componía cantares con su música acordada, y en lo que los clérigos aprenden, sobresalía tanto que le tomaban allí en Alemania los herejes y por acá se inclinaban ante su dictámen los mas laureados bonetes. Como todos los hombres grandes, por defender á los moriscos, fué encarcelado en la inquisición de donde salió al cabo de veinte años ileso de la culpa de tornadizo. El doctor Graciano, desde entonces amaba á la humanidad sin querer trato con los hombres, daba en limosnas todas sus rentas y nunca miraba al socorrido.—Vivia solo en la última casa de la calle de Gómezes, mansion del barrio temida, porque tenía *Duende*. Hizo un observatorio en el tejado, y un laboratorio en la sala baja, domesticó un gato montés y una culebra que aprisionó pequeños en la huerta de la casa, y procurando aislarse enteramente compraba de vez en cuando una pierna de carne asada para todo alimento, y lavaba su ropa por medios químicos.

Pues, como iba diciendo, se pasó la noche mas no la calentura de la niña, según declaró el doctor Graciano, y este con murmuración del barrio, al volver de celebrar el sacrificio de la misa trajo una gran cesta de todo avío.

Pero Antunez la esperaba ya dispuesto para irse á una posada y su hija Isabel estaba medio vestida con la saya húmeda aun de la lluvia.

—¿Qué vais á hacer exclamó al verlos en aquel talante, ¿vais á matar á esa pobre niña? Quitadle esa maldita saya, abrigadla bien, atizad el fuego y disponed una olla con estas cosas.

—Miré sumerced....

—¿No veniais á buscar trabajo?

—Sí.

—Pues entonces hoy me ayudareis á componer mi observatorio, que ha destrozado la lluvia y mañana la tapia del corral.

—Solo Dios puede pagaros tan buena voluntad.

Para no cansarte mas leyente mío, como el invierno iba siendo por demas lluvioso, los pobres andaban en bandas y el doctor, aunque se restableció Isabel, no quiso despedir á sus huéspedes temiéndole que pereciesen de hambre. El trato que con ellos habia tenido le hizo reconciliarse con los hombres, pues las virtudes mas se juntan á la sencillez de los campesinos.—Poco á poco el doctor fue perdiendo su vida estravagante.

Pero Antunez labró unas sillas, una banquetta para comer una cantanera y una varandilla que colocó alrededor del observatorio ayudándose de la madera que halló en la huerta. Esta era en lo antiguo un bellísimo *carmen*, con tapias almenadas como se ven aun, adarve para macetas, y bancales bien dispuestos con albarrados de piedra de rio se extendía hasta el pie de las viejisimas torres—*bermejas*: al presente por la incuria y el abandono se hallaba reducido á un bosque de maleza, abrigo de culebras, gatos guardiños y otras alimañas, terror de la vecindad.

El labrador levantisco taló y quemó las zarzamoras, limpió los frutales, recompuso la tapia y los setos, levantó las desmoronadas albarradas, guió los cipreses, podó los rosales, los arrayanes y las lilas, limpió las calles, cubó los bancales y buscó semillas en los huertos vecinos; para la próxima primavera el *carmen* amenazaba ser de los mas ricos en verdura, frutos y flores.

Isabel comenzaba á estar hermosa, su belleza infantil encantaba como los ramos de flores, como la aurora, como los sueños en que de niños vemos la gloria. Su cutis era trasparente y blanco á la manera del alabastro, suave cual hojita de rosa primavera!, sus cabellos cubios caían trenzados hasta la encintada cenefa de su saya de picote, el color de los ojos azul, y tan grandes y con tan inefable dulzura que una fontecilla purísima es menos halagüeña y brilladora; la boca de coral y como un piñon, la nariz de oro, las cejas arco iris del cielo de su frente: el corazon de paloma, el alma mas hermosa aun que el cuerpo: donaire, ingenio, prudencia—tan rara en la muger—sensibilidad exquisita demostraban sus acciones.

Una enfermedad grave, penosa, larga, dió con el doctor en cama y entonces mas que nunca bendijo la hora en que habia recogido á los pobres forasteros, pues le cuidaron co-

mo el hermano al hermano, y la muger al padre ó al esposo. Al cabo de largos padecimientos murió el clérigo con la tranquilidad del justo.

Pero Antunez y su hija quedaron por universales herederos.—Corta era la hacienda pues no se extendía á mas de la casa y algunos ducados, pero con ella mucho se mejoró el estado y condicion de los levantiscos, siendo ademas esta herencia ocasion de impensados y maravillosos hechos como verá el que leyere.

## SEGUNDA PARTE.

Isabel habia cumplido catorce años, edad de los primeros amores en el temprano y voluptuoso suelo de Andalucía: la compostura de su rostro y la elegante moridez de sus formas, su cosmismamiento, su melancolía y el mirar dormido y carlioso de sus claros y serenos ojos lo pregonaban.

Andaba siempre huyendo de la compañía de su padre; inquieta durante el dia, por la noche desvelaban á la pobre niña, sueños estravagantes ó agradables. Al caer de la tarde se paseaba por las calles de la umbría de su *Carmen*, queriendo ocultar las indiscretas lágrimas que bañaban sus pupilas, al pie de los tetricos y descarnados muros de Torres-Bermejas.

La víspera de san Juan, por la tarde oyó que en un corral inmediato las vecinas que tomaban el fresco platicaban por el tenor siguiente.

—¡Vaya! y aunque vino arrastrando zancajos ya tiene saya de paño verde...

—Con corpiño y ribetes de lo mismo, Madre Candelaria, y bajo que se pone el zagalejo.

—Pero alta la camisa que es fina, blanca, planchada, plegada y con cuello festoneado de cahezon carmesí que le cae á las mil maravillas, pues la chiquilla es un pino de oro.

—Y gargantilla de azabache morisco: estas rapazuelas... sacan aceite del agua clara...

—Ten la maldita lengua, segoviana, que era muy caritativo el pobre señor.

—Mirad si no que zapatos con dos suelas coloradas y calzas de lo mismo trae la niña! y las trenzas tomadas con cinta de hilillo de plata fina ¡y el rosario de cristal y plata! Vaya, madre Candelaria, se le ha aparecido el duende á la rubia.

—No me lo mientes que esta es la noche de san Juan, en que sale á pasearse por estos corrales!—¡Y en buena casa vivimos!... ¡Pobre hermana mia!...

—¡Para mi santiguada! ¡Jesus!!! Contadme eso de vuestra hermana.—No me quedará sola en la galería esta noche.

—Has de saber, hija mja, que vivíamos mi madre, mi hermana y yo en esa casa que ahora viven los forasteros, en la casa del duende, de esto hace ya muchos años, cuando la entrada aquí del hijo del emperador, tú no te acordarás, yo era muy niña. Mi hermana mayorcita empezaba á ser mozueta y lloraba mucho porque no la salía novio. En que con estas y otras cosas vino la noche de san Juan ¡Jesus!; hoy hace años!... y salió á pasearse la pobrecilla por el *Carmen* y en uno de los cuadros sintió como quejidos lastimeros y al dar las doce vió abrirse la tierra y salir un gigante con una porra de pedernal. Quiso ella correr y gritar, pero tenía pegada la lengua al paladar y los pies la pesaban cien arrobas. El gigante le ofreció dos carastillos, uno de rosas y otro de brevas como el puño, recién cogidas y hasta con su gotita de miel en la flor. Mi hermana siempre fué muy deseosa y muy galga y tomó dos brevas ¡Nunca lo hubiera hecho! El gigante pegó un herrido espantoso, se lundió por una grieta con las flores y las brevas y á mi hermana se le convirtieron en carbonos encendidos las que habia tomado.—Antes de llegar el invierno la pobrecilla se murió de ictericia que le dió del susto: ¡era como un sol!... Desde entonces dejamos la casa que nadie se ha atrevido á vivir hasta que la compró el clérigo para meterse en ella, como tambien era brujo. Y te aseguro segoviana, que aunque este corral solo tiene un pedazo de tapia lindero con el *Carmen*, cuando llegó esta hora... Las vecinas, magnámicamente escucharon con supersticioso temor, pasó un mochoelo y derribó algunos chimos de la tapia: todas las del corral dieron un grito desgarrador y huyeron hácia sus cuartuchos como pájaros espantados.

Isabel estaba en esa poética edad crédula para los agüeros, confiada hasta en lo sobrenatural y oyó aquella rela-

cion de la madre Candelaria con vivísimo interés. Por la vez primera, reparó despues, que los maticos torreones se alzaban sombríos y amenazadores sobre el tajo dominador del Carmen y que entre las rendijas se oían ruidos estraños, ese conjunto terrífico y acorde que forman el hormigueo de los insectos, las alcaparras y las lígueras silvestres sacudidas por el polvoroso viento de estío, el murmullo seco de las culebras al pasarse por entre lo descarnado de los adoves, el grito de los mochuelos y el silbo compasado y monótono de las demas ayes nocturnas.

La pobre niña sintió un miedo frío y lento: entre las sombras de las quiebras del muro, por entre la yedra del tajo creyó ver salir enanos, gigantes, fantasmas, monstruos alados y echó á andar hacia la casa sin volver la vista atrás. Mas conforme avanzaba parecíale que en su seguimiento venían ejércitos de duendes con piernas y brazos largos, sentía sus pasos en la arena y tapóse los oídos por no oír sus horribles abullidos.—Apresuró el paso mas, corrió.—Los espíritus alados y los espeetros corrieron en ala tras de ella, casi le cogían entre sus uñas, ponían los piés en sus uñetas, la pisaban los talones.—La niña gritaba, corría, corría, volaba... Un vértigo rodeó su frente, la habían cogido de los cabellos, de la cintura, habían clavado sus piés... cayó desmayada en los brazos de su padre que había acudido á sus gritos...

Pronto volvió en sí y con Pero Antunez se sonreía de su miedo y de su mundo de fantasmas.

A las once de aquella noche el labrador y su hija dormían: el uno tranquilamente, la otra perseguida por la imaginación: al fin despertó presa de una angustiosa pesadilla. El calor la sofocaba.—De pronto comenzó á vestirse ligeramente para salir ó pasearse por el jardín! Tan cierto es que contra el miedo y el dolor no hay mejor remedio que el miedo y el dolor mismo.—Isabel quería convencerse del todo ó arrastrar todo el peligro.

Bajó, entró en el Carmen y comenzó á subir por las cuevas irregulares que terminaban al pie de las murallas de la rojiza fortaleza de los moros. La noche estaba serena, empañado un tanto el cielo y profundísimo era el silencio. Isabel vestida de blanco, suelto el cabello de oro se adelantaba con andar febril y conforme se acercaba á la umbría sentía erizársele la piel y temblarle las piernas. Al fin del camino faltaban los arroyanos en las orillas, los últimos bancos estaban enpradizados de albahaca con setos de menta y mejorana, por entre los cuales descollaba alguna pariza que arrastrándose buscaba el apoyo del muro al cual trepaba por la yedra.—¡Oieron las doce!!!... Las doce de la noche de san Juan, hora de agüeros, duendes y encantamientos en Oriente y Occidente!

A la imaginación de Isabel vinieron todas las memorias de las creencias populares. Se paró frente del mas lozano prado á contar la hora y escuchó hasta que ya se perdía en las ondas del viento el último eco. Luego comenzó á salir de las florecillas de la albahaca un vapor blanco y luminoso, á la manera de la luz del alba que esparció voluptuosa claridad: tras del vapor, como la llama desprendida de una bujía, apareció por encanto un negrito de rostro muy afable y bello, algo amarillento y que nada inspiraba de terror; casi era un niño, y dulce sónica vagaba por sus labios; traía en la mano derecha un cestito de alambres de oro mate lleno de rosas de Alejandría recién cortadas, y en la izquierda un azafate de filigrana lleno de manzanas jaenes, amarillentas como elambar, gruesas de media libra y mórvidas cual los pechos virginales.—Isabel sin saber por que, no se asustó.

—Elige, ángel mio; dijo el negrito ofreciéndola á un tiempo con gracia el cestito durado y el azafate de filigrana. Tentadoras estaban y olorosas las manzanas, era la fruta que mas le gustaba á la niña, la que menos comía por ser muy caras; no pudo menos de mirarlas con alíneo ¡muger al fin! venció el instinto de lo bello en aquel hermosísimo corazón y tomó una rosa.

—Todo es tuyo, exclamó el moñeco negro con mal disimulada alegría, hasta mañana á la noche á la misma hora: adios. Y entregándole el cestito de las rosas desapareció dejando embalsamada la brisa de la noche.

Isabel se retiró pensativa, durmió profundamente y soñó que era reina en tierras muy estrañas donde los palacios tenían muros de cristal y puertas de rubí.

Apenas amaneció, fue á ver el cestito tomando por un sueño lo que recordaba de la pasada noche, mas halló con sorpresa el cestito á la cabecera de su cama, solo que todas

las rosas eran de oro salpicadas de perlas, y natural, olorosa y fresca la que ella había tocado con sus dedos.

Llamó á su padre, le contó el caso, y este, para certificarle sin duda, cogió hasta media docena de rosas y las llevó á casa de un platero que las tomó á buen precio celebrándole el trabajo del metal y el tamaño de las perlas. Pero Antunez parecia loco con tanto oro entre sus manos, abrazaba á su hija y prométtale mas galas que soñar puede una reina.

Isabel fue á ver al negrito que salió á las doce de la noche siguiente y le habló con suma discrecion y donaire.—Mas cual fué la sorpresa de los levantiscos al observar que las rosas de oro y perlas no se habían disminuido á pesar de la saza y que la natural no se marchitaba!...

Todo en la casa cambió, con tan inagotable tesoro; Pero Antunez y su hija oscurecieron rápidamente á todos los ricos de Granada, y aquella niña antes desconocida fue ya la mas solicitada dama por su esplendor y su hermosura sin par.

La casa estaba magníficamente adornada y embellecida; aunque no tan grande cual á su nueva clase convenia, Isabel quiso permanecer en ella para no faltar nunca á las citas de su negro. Ambos tenían ya confianza, se sentaban sobre la albahaca como dos niños juguetones, se asían de las manos, se paseaban hablando hasta que alboraba y aun se decían inocentes amores. La niña no estaba triste ya, ni sentía vaga inquietud en su corazón, esperaba con ansia la hora de ver á su negrito y se hallaba loca de contento á su lado.

Se notó en la ciudad, pues tenían los ojos en la garrida doncella, que por magnífico y atractivo que fuese un sarao, antes de dar las doce, desaparecía Isabel con viveza acompañada de su padre para encerrarse en su casa, y no dejó tambien de cesar las habillitas él que á pesar de sus pocos años y de gozar de todas las fiestas, no se le designase amante alguno, aunque eran infinitos sus apasionados.

Un Tenorio de aquellos tiempos, D. César de Toledo, se propuso rendir la fortaleza que todos habían situado en vano, y en verdad sea dicho, que llevaba mas interés por el botín que por el vencimiento. Era el emprendedor, mancebo, galán, discreto, valiente, gastador, en estremo gallardo y hermoso, dado tambien al juego, á las mozas de vida libre y corrompido de alma como el que mas. Al cabo de algunos dias Isabel le preferia á sus otros adoradores que, como acontece siempre, eran una turba-multa de necios.

Tales rendimientos hizo el galán, tantas pruebas venció y con tan grande constancia puso manos en aquellos amores, que acabó por enamorarse locamente de la *Estrella oriental* como él la llamaba.—Las pasiones se pegan mucho según dice el pueblo, y la donosa hija de Pero Antunez de oír y ver continuamente á D. Cesar le comenzó á querer con esa pasión frívola que conceden las niñas al primer advenedizo.—Sin mas ni mas el caballero pidió á Isabel en matrimonio con todo el ceremonial y aparato de la antigua nobleza española. Pero Antunez, que siempre tiraba al monte, y se vio tan honrado, estaba mas loco que el novio y se pahoneaba calculando el ilustre apellido que llevarian sus nietos.—Su hija bullía de contento pensando en su matrimonio precursor de tantas fiestas y saraos, de una vida nueva, desconocida y misteriosa.

No se cuidaba tanto de su negrito, sin embargo le visitaba todas las noches, procurando acortar las pláticas. El encantado iba cada noche mas amarillo; señal de enfermedad entre los de su raza negra, mas triste y lágrimas ardientes asomaban á sus ojos, cuando Isabel con infantil coquetería le contaba sus amores, sus esperanzas.

—¿Por qué no te alegras conmigo? ¿Qué tristezas te atormentan?

—Esas tus alegrías, ángel mio, esas tus esperanzas son para mí la muerte: ¿qué será del pobre negrito cuando no te vea?

—Es que nunca dejaré de venir á verte: ¡ah! ¡seria una ingrata! Mira, y le estrechaba sus torneadas manos de ébano, al lado de César estoy siempre siendo, culretendida; me cuenta sus tumultuosas aventuras que salpica de graciosos donaires, me dice mil flores á lo galán, á lo bravo, á lo soldado, en lengua loscana y en provenzal, nunca se agota el manantial de su conversacion; pero cerca de ti siento un placer inefable, que tal vez es mas profundo, porque tiene algo de melancólico, como tú, se me espansa el corazón contigo....

—Y me dejas antes que otras veces!... Pronto no vendrás... ese D. César tan entretenido querrá todas tus horas, todos tus secretos y me abandonarás... y tal vez me venderás... siendo de mí tanto querida!...

Y al decir esto lloraba el negrito como un niño.

Como pudo le engañó al consolarle la niña.

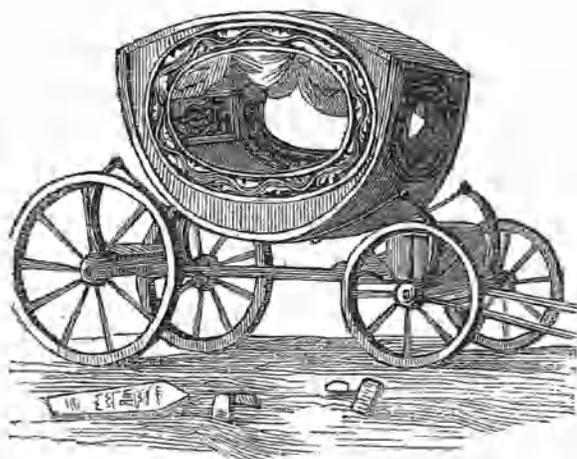
A otra noche D. César de Toledo la detuvo en un sarao y no acudió al Carmen.—Tras esta noche pasaron hasta diez sin que Isabel se acordase del negro.

Todos los preparativos y galas estaban dispuestos, la

ceremonia debia verificarse al siguiente dia y la hija de Pero Antúnez, devorada por un vago presentimiento, triste en extremo, casi con lágrimas en los ojos se acordó de su negrito, de los momentos felices que habia pasado á su verita sentada, y tuvo remordimientos. Despidió á D. César, que se fué de muy mal talante y al espirar el eco de la última campanada de las doce de la noche bajó al jardín y se dirigió al agostado prado de albaluca.

(Concluid.)

JOSE JIMENEZ SERRANO.



Coche de ceremonia en Constantinopla.

La carroza que ve el lector es copia de los carruajes que circulan por las calles de Constantinopla los días de fiesta y de ceremonia, sirviendo de vehículo á las señoras ricas. Es bien extraña y curiosa la forma de estos coches, exactamente reproducida en nuestro grabado.

#### De los geroglíficos.

Muy fácil nos sería estendernos en amplias consideraciones acerca del mérito artístico de los geroglíficos, de lo ingenioso y sutilísimo de sus multiplicidades y de las delicias que ocasionan á los lectores del SEMANARIO, interin se afanan por adivinarlos, ó en cuanto, con el orgullo del triunfo, proclaman una solución que quizá han sido los primeros en hallar; empero no es de modo alguno nuestro intento hablar del referido mérito, sino únicamente y con los menos umbajes posibles, trazar la historia, origen y progresos de este recreo intelectual.

Los geroglíficos, segun *l'Encyclopédie française*, consisten en emplear, para expresar palabras, imágenes, cosas y porciones de palabras, ó sílabas segregadas. El inglés T. Dyche, en su *Diccionario universal*, define el geroglífico «la representación emblemática ó enigmática de alguna frase con equívocos de palabras partidas ó reunidas, ó con dibujos que las figuren.» La primera idea acerca de los geroglíficos, fué debida sin contradicción alguna á los egipcios, inventores de la escritura geroglífica. Este hecho resulta de las sabias investigaciones del padre Causin, autor de *Symbolica Aegyptiorum Sapientia* (1647, in-4), y de muchos pasajes de una obra curiosa publicada en París en 1893, *Hieroglyphica horapollinis a Davide Hasselheio illustrata*. También pueden hallarse pruebas de lo mismo en los *Hieroglyphes de J. P. Valerian*, llamado *Pterius*, aumentados con dos libros de *Cestius Curio*, y traducidos al francés por J. de Moulyart (Lyon, 1616, in folio). Observamos asimismo que los geroglíficos se componian ya de símbolos, ya del retrato de los objetos mismos; en tanto que otros, basados sobre la analogía de los sonidos, despiertan una idea presentando á la vista diseños que recuerdan el

siguo vocal. Así que, si bien es cierto que los egipcios pudieron ser los inventores de los geroglíficos, también lo es que no fijaron positivamente la fórmula de plantearlos; no obstante, es una alta honra para ellos el haber imaginado las configuraciones geroglíficas y edificado esas pirámides admiración de tantos y tantos siglos. La creación de los geroglíficos corresponde de derecho á los romanos, entre los cuales se hallan aun diversas huellas de geroglíficos. Ciceron, en su dedicatoria á los Dioses, escribe sus pronombres, *Marcus Tullius*, acompañados de un garbanzo, que en latín significa *cicer*. El primero de los emperadores, sabiendo que *César* queria decir *elefante* en el idioma mauritánico, hizo grabar un elefante en algunas de sus monedas. En el mismo siglo, Lucius Aquilius Florus y Voconius Vitulus, ambos prefectos de la moneda, mandaron grabar en el reverso de ellas una flor, y en otras un buey. Se representaba á Asinius Pollio, gobernador de la ciudad de Bourges, bajo la figura de un asno en un síllo. ¿Era esto otra cosa que un geroglífico?

En los manuscritos de la edad media no se encuentra huella alguna de los geroglíficos; el mismo Villon, que *desenmarañó el arte confuso de los antiguos romanceros*, no mezcló ninguno á sus composiciones jocosas. Abelardo, ese ilustre mártir del amor, no nos ha dejado sino opúsculos teológicos y la memoria de sus dolores; empero Pasquier, el erudito autor de las *Recherches de la France*, indica la existencia de los geroglíficos en el blason. Así, por ejemplo, el reino de Leon tenia en sus armas un *leon*; Castilla, un *castillo*; Galicia, un *collis*.

Los geroglíficos florecieron en el décimosexto siglo, y entonces fué cuando tomaron el nombre con que les distinguen los franceses: Segun el docto Menage, «los celestícos de Picardía escribían todos los años, por el carnaval, unas sátiras que denominaban *de rebis que gerentur*, y que consistian en ciertas agudezas sobre las intrigas y las aventuras acaecidas en las ciudades, y en ellas hacian mucho uso de estas alusiones equívocas.» El geroglífico fué en efecto muy cultivado y con mucho éxito en Picardía; pero nos hallamos muy lejos de creer que deba á unos folletos su calificación.

En aquella época llegó á ser estremada la manía por los geroglíficos en las muestras de las tienditas, de las posadas, de las hosterías; en los libros de todo género se veian pala-

lar los geroglíficos mas ó menos ingeniosos, mas ó menos adecuados y espresivos.

El capítulo 24 del libro II de la novela de Rabalais versa todo él sobre un geroglífico. Una señora á quien Pantagrúel habia engañado le envia un anillo en cuyo interior iban grabadas estas palabras hebreas: *lamah hazabathani* (¿por qué me has dejado?). En el haro de la sortija se ostentaba un diamante falso. Esto lo interpreta Panurge de la siguiente manera: «Dí, amante falso, ¿por qué me has dejado?»

Etienne Tabouret, señor de Accords, procurador del rey en el bailliage de Dijon, consagró á los geroglíficos un largo capítulo de su libro de *Bigarrures et touches du seigneur des Accords*, impreso en Rouen en 1640, con *les Apophthegmes de Gaulare, y les Escripures Dijonnaises*. Define los geroglíficos *los equívocos de la pintura á la palabra*, y dice: «Son de tal suerte inclinados los franceses á los rebus, que si hubiera quien se tomase el trabajo de reunir todos los que han ideado, resultaria cantidad suficiente de papel para cargar diez mulas.»

Los geroglíficos espresados por letras, ó sea las combinaciones de palabras, no estuvieron menos en boga en nuestros últimos pasados libros: no hay necesidad para persuadirse de esto de nada mas que de abrir las obras impresas en aquellas épocas, con especialidad en las escritas en verso.

Después fueron substituidos sucesivamente con otros capichos y sutilezas de ingenio, entronizadas por la moda; la misma que nos los devuelve ahora otra vez, apresurándonos nosotros á saludarla con mil *plácemes y bien venidas*, siquiera no vaya mas interés en ello que el mayor recreo de nuestros suscritores, y la no escasa amenidad que presta á las columnas de nuestro periódico.

Coste que han tenido algunos edificios de la Habana.

	Pesos.	Rs.	Mrs.
Pescadería.....	34,031	6	17
Mercado (plaza) de Cristina.....	115,524	»	17
Idem (idem) del Cristo.....	67,876	3	»
Carnecería ó plaza de Tacón.....	47,780	6	»
Real Cárcel, ó sea primer piso.....	480,640	4	»
Cuartel de Inf., sobre la cárcel ó 2.º piso..	350,000	»	»
Palacio de Gobierno.....	102,334	4	»
Paseo de Tacón.....	379,237	1	»
Casa-Recreo del cap. general gobernador.	25,062	7	17
Muelle de Madera.....	20,000	»	»
Campo Militar.....	181,033	4	»
Cuartel de presidiarios.....	132,884	5	»
Puerta de Monserrate.....	100,000	»	»
Teatro de Tacón.....	200,000	»	»

PESO DE LAS CAMPANAS MAS NOTABLES DE EUROPA.

	Libras.
La de la Catedral de Londres.	84,000
La de Oxford.....	17,020
La de San Pedro en Roma.....	18,607
La de Ruan.....	43,000
La de Moscow.....	160,000
La de Sevilla.....	20,000
La de Toledo.....	30,000

FACILIDAD COMPARATIVA DE LA DIGESTION.

El tiempo que necesita una persona saludable para digerir el arroz cocido, es una hora; los garbanzos dos y

cuarenta y cinco minutos; la yuca, dos horas; el pan seco, dos horas; el pan fresco, tres horas; la col cocida, cuatro horas; las ostras, dos horas y media; el salmon, cuatro horas; las chuletas de venado, hora y media; las de carnero, tres horas; las de vaca ó ternera, tres horas; el puerco asado, cinco horas y cuarto; el huevo crudo, dos horas; el huevo cocido, ocho horas; y el huevo cocido duro, tres horas y media.

ANTÍDOTO PARA EL VENENO.

Uno de los remedios mas sencillos, prontos y eficaces para contener los efectos del veneno, es tomar, inmediatamente que se sienten los primeros síntomas, la infusion de la cantidad de mostaza hecha que puede contener una cucharilla de café, en un vaso de agua caliente. Segun dicen, obra como un emético instantáneo y suspende la operacion destructora de la sustancia venenosa.

MADERA QUE PRODUCE LA ISLA DE CUBA.

Acana, Quebra-Macha, Hierro, Roble de diferentes especies, Sábicu, Júcaro, Chicharrón y Yagruma, Cuajari, Ayuda, Baina, Guajari, Bigueta peluda y de naranjo, Yañí Jaimiquí, Jequé, Yanguají, Almendro, Almendrillo, Tenqué, Arabo, Vijaguara, Frijolillo, Yaba, Pito, Yocuma, Ocuje, Moruso, Ceiba, Ramon, Mamey colorado, Brasilete, Guairaje.

Todas estas maderas sirven para la construcción de cosas fuertes, usando para estacadas en el agua, la Quebra-hacha y Hierro.

Para las cosas de adorno el Cédro, Caoba, Ebano de distintas especies: Granadillo, Carne de doncella y otras muchas.

GEROGLIFICO.



LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

MADRID. US REZ 4 RS. SEIS 20. US AÑO 36.-Librerías de Pereda, Castro, Monier, Molate, Jaimebon, Gaspar y Ruiz, Pooport, Villa, Baili Belliere y la Publicidad, litografías de Pellegrini y de San Felipe Nová.  
PROVINCIAS. Tres mosos 1 1/2. Seis 2 1/2.-Remitiendo una libranza sobre correo franco de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jeronimo, n. 26, ó en las principales librerías.

Oficinas y estab. tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albanchez.